

REFORMA SIGLO XXI

Estampas de la historia popular de Palaú: Una buena lección

■ ■ Amador Peña Chávez*

Los maestros habían encargado a los niños que trajeran de sus casas uno o dos ladrillos por alumno, con el buen propósito de adornar las jardineras y separar las pequeñas huertas de cada salón en la Escuela Primaria Federal “Benito Juárez”, de Palaú, Coahuila. Como no había en este mineral ladrillera y resultaba un tanto difícil adquirirlos en “El Triunfo Comercial” del señor Luis Gutiérrez o en “El Mercantil Palaú” del señor Leobardo Rocha, quienes posiblemente los tendrían a la venta en sus negocios, pero pocos podrían comprarlos, los alumnos, cumpliendo religiosamente con el encargo escolar, estábamos sustrayendo los ladrillos de la barda del “Parque Deportivo Cupsa”, ya que fue construida precisamente de este material y no estaban muy firmes según me pudo constar, pues cumplí bien la tarea encomendada.

Pronto las autoridades sindicales y deportivas, se dieron cuenta de la destrucción que se estaba produciendo en el inmueble, digamos, con la expropiación hormiga, y designaron para solucionar tal problema a don Magdaleno Obregón, encargado del ramo educativo de la Sección 28 del Sindicato Minero, para que tomara cartas en el asunto.

En una entrevista en los propios patios de la escuela, con su director, el Profr. Manuel Uchino Vidales, don Magdaleno le hacía ver la inconveniencia de esa actividad y ofreció en cambio una ayuda que podría proporcionar el gremio minero y así cortar el problema por lo sano.

En eso estaban cuando el amplio pasillo de este noble recinto fue rápidamente irrumpido por nada menos que uno de los líderes de la famosa y

aguerrida sección, quien detuvo la conversación de los mencionados señores con una actitud de muy pocos amigos.

—¿Dónde está la Albina? —Preguntó con tono iracundo y despectivo, refiriéndose a la profesora Albinita Aranda Vázquez, una de las más venerables maestras que ha habido en ese lugar.

—Está en su salón, el de siempre, en donde tú mismo estuviste de alumno. —Le respondió el Profr. Uchino. Sin preguntar más el mohíno líder se dirigió a la penúltima aula que era la del quinto grado.

Don Magdaleno que conocía de sobra a dicho personaje, le dice al director:

—Debería acompañar a este “pelao” profesor, no vaya a faltarle a la maestra Albinita, es de los más broncados y violentos, usted no lo conoce, es prepotente y no tiene ni pizca de respeto por nada ni nadie.

El profesor Uchino sonrió con benevolencia.

—Déjela —le dice convencido—, ella se defiende sola, ya verá.

La maestra Albinita Aranda fue maestra de muchas generaciones en este mineral, había casos en que el abuelo, el padre y el hijo de algunas familias habían sido sus alumnos, claro, en distinta época; siempre se quedaba algunas horas después de la salida para revisar trabajos, a colocar en las paredes vistosos materiales ilustrativos que servirían para las clases del día siguiente. Al escuchar la entrada sorpresiva de alguien que casi llenaba el espacio de la puerta, se acomoda los lentes y mira al recién llegado quien sin siquiera saludar, con tono de buscar pelea le suelta intempestivo:

—Me ha dicho m’ijo que usted le dio unos coscorriones; y sepa maestra, que no ha nacido todavía quien le ponga la mano encima.

En tono de fuerte reclamo le recalca:

—¿Por qué le pegó usted, eh?

*Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista Crónicas del Camino Real del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

— ¡Mira sinvergüenza! —sin más responde la maestra— no lo golpeé, le di sus coscorriones, ¡eeeh!, nomás porque los necesita, no quiero que sea como tú que te faltaron muchos, o qué, ya no te acuerdas cuando te ibas de pinta con tus amigotes y a tu paso por el Cuatro no dejabas patio con gallina alguna, ¡eh!, y cuando te sorprendieron fisgando por las ventanas de las oficinas del Cinco intentando verles las piernas a las secretarias o cuando forzaste la ventana del salón para robarme del escritorio el ahorro de tus compañeros; pena me daba tu pobre madre que me imploró para que no te expulsaran de la escuela y al pobre de tu papá que tuvo que hacer dulces para vender durante dos meses para saldar la cuenta; qué acaso no recuerdas, pedazo de alcorocho, cuando en mala sea la hora, por lástima te pasé de año, aun con lo bruto que eras, aunque ya tenías 15 años y no dabas una, que al cabo como dijo tu padre, “para ir a la mina con que sepa poner su nombre, maestra”. Lo coscorroneé, óyemelo bien —le replicaba mientras se alzaba de puntillas para alcanzar el descomunal brazo del sujeto y poder pellizcarlo; remolineando su mano sobre la piel morena y robusta del grandulón líder. — Para que no sea como tú, demagogo y mentiroso, mangoneador de cuotas, vende huelgas, lambiscón de la empresa

y déspota con los modestos mineros, coscorriones debería darte a ti también, granuja, pero sí, cómo no, nunca es tarde, nada más da gracias al Señor de que no te alcanzo incapaz, si no te daba todos los que me debes y le debes a este pobre pueblo y a tanta gente más.

—Ta güeno —admite con humildad de corderito el robusto líder— pero no se los dé muy juerte, viera que es renoble el chamaco.

Mientras sale con la cola entre las patas les dice a don Magdaleno y al profesor Uchino que conversan aún en el pasillo de la escuela:

—Ah, qué mi profa, igual que siempre, no cambia ni tantito.

—¡Qué le dije! —culmina la charla el director con don Magdaleno—, la maestra Albinita Aranda al igual que todos los que tienen en su mano la razón, no necesita guajes para nadar.

Atrás, tarareando y con su morral de enseres escolares, salió la maestra de su augusto salón, despidiéndose, hasta cruzar serenamente el portón de la escuela como quien sale de un templo sagrado y tomó con decisión su tantas veces andado camino, para luego perderse en los intrincados callejones que la conducían a su casa.